

se haga mañana, y que mañana mismo Paris se comunique con Francia entera. Pedimos que nos autoriceis para practicar visitas domiciliarias. ¿Qué dirá Francia si Paris estupefacto aguarda inmóvil la llegada de los enemigos? El pueblo frances ha querido ser libre, y lo será.»

IX

El ministro calló. La Asamblea se aturde, y el decreto pasa. Danton salió inmediatamente y voló al Consejo general del ayuntamiento, preparado á la obediencia por sus confidentes, y pidió que decretasen inmediatamente las medidas necesarias al golpe de Estado nacional, en que el poder ejecutivo reasumia toda la responsabilidad del hecho. En seguida se publicó el siguiente bando: «Al toque de las cajas que se oirá el dia de mañana, todos los ciudadanos estarán obligados á permanecer en sus casas. La circulacion de carruajes se suspende hasta las dos de la tarde. Las secciones, los tribunales y los clubs serán invitados á no celebrar sesiones por no distraer la atencion pública de las necesidades del momento. Por la noche las casas estarán iluminadas. Algunos comisionados elegidos por las secciones y acompañados de la fuerza pública penetrarán en nombre de la ley en todos los domicilios de los ciudadanos. Cada uno de ellos declarará y entregará las armas que tuviese. Si fuese sospechoso, se harán pesquisas más rigurosas; si falta á la verdad, será preso. Todo particular que se encuentre en otro domicilio que no sea el suyo, se le declarará sospechoso y será preso. Las casas deshabitadas ó que estén cerradas serán selladas. El comandante general Santerre requerirá á las secciones armadas. Se formará una segunda linea de guardias alrededor de Paris, para detener á todo el que intentase huir. Los jardines, los bosques y los paseos de las cercanías serán registrados. Varios botes armados interceptarán en las dos extremidades de Paris el curso del rio, á fin de cerrar todas las vías de fuga á los enemigos de la nacion.»

Decretadas estas medidas, Danton se retiró al comité de vigilancia del ayuntamiento para dar las últimas órdenes á sus cómplices. El comité habia sido renovado, y le presidia Marat. Este no era comisionado por ninguna seccion, pero el Consejo general le habia concedido el favor excepcional de que pudiese asistir á las sesiones por derecho de patriotismo, y le habia votado una tribuna de honor en su recinto para dar al pueblo cuenta de sus deliberaciones. Los otros miembros eran: Panis, cuñado de Santerre; Lepeintre, Sergent, presidentes de seccion; Duplein, Lenfant, Lefort, Jourdeuil, Desforgues, Guermeur, Leclerc, Dufort, hombres dignos de ser los colegas de Marat y los ejecutores de Danton. Mehée, secretario actual; Manuel, procurador del ayuntamiento; Billaud-Varennes, su sustituto; Collot-d'Herbois, Fabre d'Eglantine, Tallien, secretario del Consejo general; Huguenin, presidente, Hebert y algunos otros de los jefes del ayuntamiento, sea que hubiesen aprobado, combatido ó tolerado la resolucion, la conocieron anticipadamente. Algunos actos y documentos irrecusables justifican que para esta convulsion popular, predicha y aceptada, si no provocada por Danton, todo fué premeditado y preparado con anticipacion, los ejecutores, las víctimas, y hasta los sepuleros.

El misterio ha cubierto las deliberaciones de este conciliábulo: sólo se sabe

que Danton, haciendo un gesto horizontal, dijo con una voz áspera y desentonada: «Es preciso atemorizar á los realistas». Andando el tiempo, él mismo dió testimonio contra sí de haber sido el autor de aquella jornada cuando, respondiendo á los girondinos que le acusaban de los asesinatos del 2 de Setiembre, les dijo: «He mirado el crimen de frente, y sin embargo, le he cometido».

X

Antes de medianoche se avisó á Maillard, jefe de las hordas del 6 de Octubre, para que reuniese su milicia de sicarios para una expedicion próxima, cuya hora y víctimas se le designarian más tarde, prometiéndole un tanto por cabeza. Tambien se le encargó que tuviese preparados los carros necesarios para transportar los cadáveres.

En fin, dos agentes del comité de vigilancia se presentaron el 28 de Agosto á las seis de la mañana en casa del sepulturero de la parroquia de Santiago, y le obligaron á coger el azadon y seguirlos. Al llegar al sitio de las canteras que se extienden fuera de la barrera de Santiago, y que algunas habian servido de catacumbas en la época de la mudanza reciente de los cementerios de Paris, los dos desconocidos desplegaron un plano y se orientaron de la disposicion de este campo de la muerte. Reconocieron por algunas señales que habia en el suelo y marcadas en el plano el sitio de aquellos subterráneos cegados, marcaron ellos mismos con la azada la línea circular de un espacio de seis piés de diámetro, en donde el sepulturero debia cavar para encontrar la boca del pozo que bajaba á aquellos abismos, y le recomendaron que tuviese cuidado de que la obra estuviese concluida al cuarto dia, retirándose, imponiéndole silencio sobre todo esto, y entregándole ántes la suma necesaria para pagar á los trabajadores.

No se guardó sino imperfectamente el silencio que cubria estos funestos preparativos. Un rumor sordo, circulado en las cárceles, hizo presentir á las víctimas la suerte que les aguardaba. Los carceleros y encargados de las llaves tuvieron avisos misteriosos.

Danton, cruel en globo y capaz de tener compasion en algunas pequeñeces, cediendo á las súplicas de la amistad y á los propios movimientos de su corazon, hizo poner en libertad el dia anterior algunos presos cuya suerte le interesaba. Ordenando el crimen por ferocidad de sistema y no por ferocidad natural, parecia tener á dicha el salvar algunas víctimas. Mr. de Marguerie, oficial superior de la guardia constitucional del rey, el abate Lhomond, célebre gramático, y algunos pobres sacerdotes de las escuelas cristianas que habian cuidado de la educacion de Danton, le debieron la vida. Marat, por orden del ministro, hizo salir á estos presos, poniendo por sí mismo cierto número de ellos al abrigo del golpe que se les preparaba. El corazon del hombre nunca es tan inflexible como sus pasiones. La amistad de Manuel salvó á Beaumarchais, autor de la comedia titulada *Figaro*, que es el prólogo de una revolucion comenzada por la risa y concluida por el hacha. Manuel fué en persona á la cárcel de los Carmelitas á poner un centinela á la puerta de cuatro ancianos religiosos de aquella casa á quienes se acordó dejar con vida. Solo éstos sobrevivieron; Manuel no los conocia, pero juzgó que derramar su sangre era inútil, y se les perdonó.

El abate Berardier, encargado principal del colegio de Luis el Grande, con quien Robespierre y Camilo Desmoulins habian estudiado, recibió un salvoconducto por una mano desconocida el dia de la matanza. Estos preparativos, estas advertencias y estas excepciones prueban la premeditacion. Dueño Camilo de todas las palpitations del pensamiento de Danton, no podia ignorar el plan de degüello que se organizaba. Tampoco era posible que Santerre, comandante general de los guardias nacionales, y cuya inaccion era necesaria durante tres dias para la perpetracion de tanto asesinato, no tuviera alguna indicacion de él por Danton. Sabiéndolo Santerre, Petion tampoco podia ignorarlo: el comandante de la fuerza cívica dependia del corregidor de Paris. Las medias palabras, las confidencias equívocas y los signos de inteligencia entre los conjurados, que se sentaban, deliberaban y obraban casi abiertamente enfrente los unos de los otros en un consejo de ciento ochenta miembros, no podian ocultársele á Petion.

XI

Los partes de la policía municipal, recibidos de hora en hora en el corregimiento, no dejaban duda sobre las cosas, los hombres y las armas que se disponian para el acontecimiento. ¿En qué consistió que, siendo conocido éste en las cárceles, se ignorase en la casa de la ciudad? Verificado el acto, todo el mundo se sinceró con verdad ó sin ella de haber tenido parte en el degüello. Despues de haberlo atribuido por mucho tiempo á un movimiento imprevisto é irresistible de la ira del pueblo, se ha querido áchacar el crimen á un corto número de ejecutores; pero la historia no tiene complacencias. El pensamiento pertenece á Marat, la aceptacion y la responsabilidad á Danton, la ejecucion al Consejo de vigilancia, la complicidad á muchos, y la cobarde tolerancia á casi todos. Los más valientes, conociendo su insuficiencia para detener los asesinatos, fingieron ignorarlos, para no tener que aprobarlos ni prevenirlos. Se apartaron, gimieron y callaron. Para la guardia nacional, la Asamblea y el Consejo general del ayuntamiento, fué un crimen de omision maliciosa. Apartaron los ojos de él mientras se cometia, no lo exoraron públicamente hasta despues de cometerse. En el alma de Marat no fué sino una gran sed de sangre, y el remedio supremo para concluir con la sociedad, que quiso exterminar para que surgiese luégo otra nueva, segun sus sueños. En el espíritu de Danton, este degüello en masa fué un golpe de Estado de su política. Danton discurria sobre su crimen ántes de ordenarlo: para él, tan fácil era cometerlo como impedirlo, pero se disminuyó á sí propio su atrocidad. «Nosotros no asesinarémos,—dijo en su última conferencia con el Consejo de vigilancia,—no harémos más que juzgar; ningun inocente perecerá.» Danton quiso tres cosas: la primera, conmover al pueblo, y comprometerle de tal suerte en la revolucion que no pudiese retroceder y que se precipitase en las fronteras manchado con la sangre de los realistas, sin otra esperanza que la victoria ó la muerte; la segunda, inspirar el terror en las almas de los realistas, de los aristócratas y del clero, y la tercera, en fin, intimidar á los girondinos, que empezaban á murmurar de la tiranía del ayuntamiento, y mostrar á aquellas almas débiles que si no se hacian instrumentos del pueblo, podrian muy bien ser sus víctimas.

Danton fué impulsado al asesinato por una causa más personal y ménos teó-

rica: por su carácter. Tenia la reputacion de la energía, y sólo tuvo de ella el orgullo; quiso desplegarla en una medida que aturdiese á sus amigos y á sus enemigos; tomó el crimen por genio; despreció á los que se detenian ante cualquier obstáculo, aún cuando fuese el asesinato en masa; se admiró con desden de sus remordimientos; consintió en ser el fenómeno de la ira revolucionaria; se envaneció de sus maldades; creyó que su accion, justificándose por la intencion y por el tiempo, perderia algo de la atrocidad de su carácter; que su nombre se engrandeceria al ponerlo en parangon con los demas; y finalmente, que sería por sólo este hecho el coloso de la revolucion. Pero se engañaba. Cuanto más se alejan los crímenes políticos de las pasiones que los hacen cometer, tanto más se rebajan y pierden á los ojos de la posteridad. La historia es la conciencia del género humano, y en el grito de esta conciencia se ve la condenacion de Danton. Se ha dicho que él salvó á la patria y á la revolucion con sus asesinatos, y que nuestras victorias son su excusa. Los que lo dicen se engañan, como él se engañó. Un pueblo á quien hubiera habido necesidad de embriagarle de sangre para impulsarlo á defender su patria, sería un pueblo de malvados, y no un pueblo de héroes. El heroísmo es lo contrario del asesinato. En cuanto á la revolucion, su prestigio estaba en su justicia y en su moralidad. Esta mortandad iba á mancharla á los ojos de Europa. Europa exhalaria un grito de horror, pero el horror no es el respeto. No se sirve bien á las causas cuando se las deshonra.